

RAMON GAYA: GALERIA DE RETRATOS

COMO un tópicus de presuntuoso sentido se nos ha dicho, hasta la saciedad, que toda obra de arte participa de una condición de atemperidad que la convierte en una especie de entelequia etérea, capaz de quedar suspendida en el tiempo, y a la que el hombre de épocas venideras se acercará tratando de desvelar lo que guarda, del mismo modo que lo haría ante un talismán. Y no creo que haya en el campo del arte mayor equívoco capaz a su vez de generar mayor número de equivocaciones y medias falsedades.

Si en verdad hay algo atemporal y flotante en la Naturaleza y en la vida, es la incidencia del hombre mismo y las cosas que le rodean con el presente, al tener que encontrarse. para existir, en ese lugar equidistante. La obra de arte, la auténtica obra de arte, como la vida del hombre en su totalidad, si es algo, es ese flujo perenne que llamamos tiempo: es un instante ensimismado capaz de desdoblarse en un futuro por el que alcanzará lo que ha de venir y sobrepasarlo, y en un pasado que se muestra siendo todavía. Quizá sea éste uno de los secretos de toda verdadera obra de arte, de toda obra salida de creador y, por tanto, con virtud para continuar creando y creándose. Y quizás también, como todo secreto auténtico, tenga que ser guardado de la única manera posible para poder seguir siéndolo, quedando expuesto tal como es a la mirada del curioso que nunca ha de buscar en lo que se le ofrece.



El motivo por el que acuden a mí estas reflexiones es la exposición que nos ofrece Ramón Gaya tomando como motivo unitario el *retrato*. Ramón Gaya, un hombre que posee el don singular de la palabra del poeta y la pincelada del pintor, se ha enfrentado en mil ocasiones, a lo largo de su vida, con el hombre mismo como modelo, como tema, como posibilidad,... y el resultado no ha podido ser otro, es pintura, sólo pintura. Esta es una de las verdades dichas en esta exposición: la pintura, como la literatura o la escultura, no puede ser acotada en campos restringidos y autónomos, en géneros. La pintura, cuando lo es, se limita a ser pintura, aunque también sea algo más al incidir en unas dependencias según se enfrenta el artista con el paisaje, con la naturaleza muerta, con escenas de la vida cotidiana, con símbolos,... con el hombre.

Del hombre concreto y único que sirve como referencia, y cuya fisonomía precisa se diluirá primero y desaparecerá al final, al cuadro en que está un hombre concreto, único y singular también, que no se diluirá y que no desaparecerá, ha habido una metamorfosis extraña y precisa. Esos rostros van a quedar ahí reclamando una atención y una presencia, contemplando un mundo del que también van a participar.

Lo opuesto de un retrato, sin duda alguna, es el retrato que se limita a ser documento. ¿Qué es lo que les separa, qué es lo que les une? La respuesta es sumamente compleja por más que simple. Unas obras han sido *hechas* para vivir, para existir,... otras han sido hechas, a su pesar, para servir de nota referencial, de dato de una época. Cuando estamos ante *el* Juan de Pareja, ante *el* Inocencio X, ante *un* judío de Rembrandt, ante *una* Venus de Ticiano, ante *la* Gertrude Stein,... sentimos y conocemos unas presencias necesarias a las que nos unimos por efímeros instantes en afectos profundos, sentimos y conocemos cómo viven, cómo continúan siendo unos hombres y mujeres que no están petrificados, y de los que en algunos casos nunca llegaremos a saber los nombres que usaron cuando fueron modelos. Cuando estamos ante retratos que fueron pintados para contar lo que *eran* unos hombres, y que no tuvieron oportunidad de que un artista les diese vida por no ser pintura misma, a lo más que llegamos, es a mirarlos con la misma curiosidad que el historiador estudia un documento guardado como fiel testimonio en un archivo.

Ramón Gaya, pintor, nos ha evidenciado todo esto en la exposición que cuelga en Chys, y nos lo ha hecho saber hasta extremos difíciles de imaginar: por un lado están sus *homenajes* a ciertos retratos y a ciertos pintores que







continúan siendo, por encima de todo, pintura, existiendo; por otro lado, junto a éstos, otros retratos de personas que él conoce y a los que se siente unido por lazos de amistad, la única vía que el hombre tiene para conocer al hombre y conocerse. Un cúmulo de fuerzas afines y contradictorias, en perfecta acción dialéctica, se encierra en estos retratos que, como lo auténtico, son capaces de crear vida y reflejarla, de descubrir esto tan recóndito como es la verdad del hombre.

Ramón Gaya sabe que el retrato es el hombre liberado del espejo por el único medio posible, el arte.

